

**CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES<sup>1</sup>**  
**(Comentario a *Chile Actual: Anatomía de un Mito*, de T. Moulian)**

Willy Thayer

A medida que uno se interna en la lectura de este libro, bajo el compromiso de emitir un juicio y proponer una lectura posible, constata, mientras avanza en la lectura, cómo la superficie del texto va siendo colonizada por anotaciones, subrayados, y demases. Inerme, como un cataléptico en su almidón de negro contra blanco, el pobre libro va siendo arrasado, re-escrito, producido por la lectura. Así, al llegar a la última frase "ahora quiero acordarme del porvenir", frase con la que el libro se cierra sobre sí, queriendo abrirse, a la vez, más allá de sí mismo –incidiendo en una historicidad esperanzadora–pareciera que ya no hay como diferenciar lo que el libro "dice", de lo que la lectura que uno ha hecho "dice" que el libro dice.

Pero se sabe, sin embargo, que una lectura, no es más que una lectura entre otras. El silencio impávido del libro sobre la mesa de disección, habla de las lecturas que se reserva, de lo no dicho en lo dicho incluso para el propio autor. Y desde esas posibilidades que se guarda te mira lacónicamente, marcando la diferencia entre su significante y los significados que uno le roba o le regala a media noche. Pero si el libro escapa a una interpretación, no puede escapar, sin embargo, al devenir de sus lecturas. Cualquier libro, uno más que otro, se da a leer. Pero ninguno se da entero.

El libro de Moulian es, será, el devenir de sus lecturas. Y ese devenir comenzó el día de su lanzamiento. Lanzamiento que Moulian no quiso como escenario protocolar, sino como espacio debate. Lo cual habla de Moulian, pero también habla del libro. Como si el libro estuviera de acuerdo con Moulian, como si le hubiera pedido nacer en un debate, nacer cómo debate en un contexto, el "Chile actual" donde lo que se había venido imponiendo es la performatividad del consenso. Y en efecto, lo que parte por decirnos a nosotros, los chilenos de actualidad -y cada cual, en su fuero interno, sabrá como le calza esta categoría odiosa- es que el «Chile Actual» se erige también sobre el silencio planificado, los olvidos pactados, la no integración del pasado en el presente, la voluntad de incompatibilizar el futuro con la memoria, la carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Dice que el país actual se sostiene sobre una injusticia política y moral y un duelo no realizado. Que padece, bajo su epidermis triunfalista, un daño sordo, heridas inconscientes que salen a la superficie históricamente travestidas como euforia exitista y nacionalista, imágenes de competencia y competitividad, entremezcladas con el pesado silencio de las medias palabras, las afirmaciones que contrarían lo que se piensa o se sabe, la deuda de una traición que, como acontecimiento reprimido, habita en el desdén de la "actualidad" respecto de su propia genealogía. Traición de las identidades o diferencias ideológicas, traición de las biografías, de las filias y las filiaciones.

¿De qué trata, pues, este libro? ¿Para qué trata de lo que trata? ¿Cómo, en que registro lo hace? ¿En qué tono o moralidad se erige? ¿A quién le habla? ¿Hay bajo su refunfuño una lectura intempestiva que traspase la postdictadura? ¿Cuál es su presupuesto?

Este libro habla, se propone hablar, como su título nos lo indica, de la actualidad, de "nuestra" actualidad. Sin embargo, esta "nuestra actualidad, antes que un objeto de análisis es un «estado de cosas» general donde toda práctica y quehacer analítico, incluida la de Moulian –y la mía comentando a Moulian–, se inscribe y hunde sus condiciones de posibilidad. La erección de un "discurso" contra la actualidad, cuenta ya con la actualidad como el suelo, el presupuesto desde el cual se erige, así como el nadador que intenta avanzar contra la corriente, requiere de la corriente y la presupone en cada brazada que da contra ella. Porque ir contra o a favor de la corriente, es, antes que nada, ir "en" la corriente.

La cuestión de la lectura que este libro hace del Chile Actual se juega, entonces, más que en constituir un libro en contra de la corriente del Chile Actual, en ser uno que «lee la corriente en general» dentro de la cual unos (se) figuran a favor y otros en contra.

La crítica de lo actual, parece saberlo Moulian en cada instante de su texto, no se origina en un afuera trascendido de la actualidad. Pero tampoco en un simple adentro. Y aquí comienzan los problemas. La crítica de la actualidad presupone que, al menos en algún punto de lo actual, prevalece algo inactual que permite hablar, en lo actual, de o sobre lo actual; y no meramente escribir crónicas o reportajes de actualidad que se agotan en la coyuntura de los hechos y posicionamientos al día. Hablar *de* lo actual presupone, como condición *sine qua non*, un mínimo de autonomía<sup>1</sup>, una paranza desde donde leer intempestivamente la actualidad de lo actual, sin estar cabalmente leído por ella. Y Moulian supone dar con ese mínimo en este libro. Lo inactual, lo intempestivo desde donde Moulian lee la actualidad es aquello que en medio de la

---

<sup>1</sup>La autonomía, en este caso, es una condición de lectura o de la crítica, más que su promesa

actualidad *brilla* por su ausencia: 1) brillan por su ausencia, los desaparecidos, la lengua muda, irrepresentable, no cambiaria, no transable de los desaparecidos, lengua avisorable en el cuerpo opaco, la alegoría viviente de los familiares de las víctimas de las torturas y de los crímenes del autoritarismo. 2) La miseria absoluta, la lengua muda de la demanda absoluta, es decir, aquella demanda que no tiene el capital representacional mínimo para concurrir al intercambio. 3) Lo perdido en lo ganado, o lo "desaparecido", a saber, la economía, la salud, la ideología, la política, la educación estatal modernas. 4) La experiencia del Golpe militar reprimida en las narraciones chovinistas, en el blanqueo y eufemización de la firma "Pinochet". Firma rutilante y vergonzante, al mismo tiempo, firma de la traición, del éxito y del olvido. Y no me refiero a la traición como defecto moral, sino como acontecimiento que dio lugar a una eticidad, a la nuestra actual, que traiciona la divergencia en el consenso.

Ese estado de cosas que la palabra «actualidad» refiere es, al mismo tiempo, un estado de lengua, un modo de hablar, un modo de leer y, por sobre todo, un modo de comprender y de sentir, una sensibilidad, una estética. Esa habla, esa estética de postdictadura está hegemónicamente sancionada por las ciencias sociales al comienzo, y por las ciencias de la comunicación, las ciencias administrativas, la informática, la telemática, el saber del marketing y de la publicidad, posteriormente. El lenguaje de "la vida real", el horizonte de comprensión en que se dispone y nos dispone la actualidad, el modo como ella se habla hegemónicamente y se hace hablar, proviene de estas lenguas, que construyen la comprensión y la sensibilidad media de todas las cosas. Poderosas lenguas, ejecutivas y ejecutoras de un sentido común, de un sobreentendido a partir del cual se ufana el exitismo oficial.

Poderosas lenguas pero, según Moulian, escuálidas y mezquinas, faltas de curiosidad, porque oyéndose sólo a sí mismas y denostando como "barbarie" o cripticismo, lo que no habla como ellas y se repliega a parte de su idiotismo, ejercen una nueva forma de dictadura de la comprensión. Lenguas poderosas y escuálidas que, teniendo a favor el viento de cola del mercado post-estatal, no sienten roce ni límite alguno, no saben de sí, y se autoclausuran complacientemente como lengua de la vida real, como lengua universal. Y en cierto modo lo son, puesto que su circulación coincide con la actualidad.

El libro *Chile Actual, Anatomía de un Mito*, se dispone a hablar de lo reprimido, del "revés de un derecho". Pero ¿En qué idioma hablar lo reprimido? ¿Cómo hablar lo olvidado, ese vano de muerte que rodea la imagen optimista del Chile Actual?

Dos serían las lenguas a la mano de Moulian. La primera de ellas es la lengua profesional que ha formateado a Moulian durante largo tiempo, y respecto de la cual él se declara en crisis, lengua que se dispone, ahora, en este texto, a traicionar en parte, a saber: la lengua de la sociología y de las ciencias sociales, por una parte. En segundo lugar, el "neo ensayo hermético", al cual Moulian declara haberse aproximado con curiosidad e interés, en el contexto de la búsqueda, su búsqueda, de una "nueva piel" o "nueva lengua". Ambas lenguas fácilmente hallables en el mercado lingüístico. Respecto de ambas, Moulian toma distancia, por que cada una a su manera, dice, representa el extremo de la impotencia de re-significar o nombrar la actualidad. La de las ciencias sociales, que con su lenguaje eminentemente cambiario, cuantitativo, objetivo, congelado en arbóreos marcos teóricos y cuadros estadísticos, con sus pretensiones de objetividad sostenida en frágiles pruebas afirmadas en el tono categórico, con su exceso de transparencia funcionaria, no hace más que

trivializar todo lo que refiere, volverlo insignificante y comunicativamente estéril. Y la lengua del neo-ensayo que resignifica demasiado, tortura excesivamente el habla media volviéndola desproporcionadamente "extraña", cayendo en lo rebuscado y en el enigma incomprensible.

Moulian intenta, dice, una lengua híbrida, a medio camino de entre ambas, intentando transitar desde un «espíritu geométrico» a un «espíritu de finesse», porque es preferible "enfrentar los peligros del exceso retórico antes que el vacío de la pulcritud; las ambigüedades antes que el helado rigor de un saber redondo; la insinuación a la demostración". El futuro de la escritura sociológica, añade –futuro del cual este libro sería un adelantado– se encuentra en el *bricolé*, que sería lo más indicado, según Moulian, para "reconstruir un mundo de vida trastornado por torvos sucesos, crueldades y heroísmos, cambios culturales, olvidos y mitos, por la destrucción del Estado y de otras transformaciones". El lenguaje de las ciencias sociales no alcanza para hacer comprensible esta "odisea de creación y crueldad, de innovación y castigo", ni menos para desmontar el compulsivo esfuerzo amnésico que blanquea la paternidad, el linaje, la firma de la actualidad.

Si algo caracteriza a la voluntad crítica de Moulian, es su exigencia de ajustarse a escena, de calibrar los instrumentos de la crítica al asunto criticado. Si la red es demasiado grande, el pez podría escapar. No se consigue mucho criticando la actualidad con instrumentales demasiado "extrañantes". Sé crítico, dice Moulian, pero que tu crítica sea audible, que tenga referencia a la acción y a la sociedad en que resides. Si me desobedeces serás castigado por la fría recepción que tendrán tus pretendidos descubrimientos cuando sean comunicados. Se crítico y audible al mismo tiempo, pero en ningún caso funcionario de la transparencia. Así, el *bricolé* genealógico de Moulian se propone sus propios límites, demarca su territorio

de eficacia y audibilidad, según el destinatario que se promete. Ese destinatario seríamos "nosotros", los chilenos de actualidad. Se trata, pues, de criticar manteniéndose en el borde de la audibilidad pública. Así, hacia finales del libro, Moulian declara, por ejemplo, haber recurrido al modelo crítico de la genealogía Nietzscheana. Pero declara, a la vez, haberlo hecho con precauciones específicas. Porque la genealogía de Moulian tiene metas y objetivos precisos –cosa que la genealogía de Nietzsche desmonta–. Objetivos y metas que exigen detener el monstruo especulativo en el justo punto en que se paraliza la posibilidad de escucha del oído medio. Proponiéndose un lector amplio, el libro calcula un tipo de crítica de la actualidad en una lengua actual, comunicativa y representacional. Porque se trata de decir lo que no se dice, y que se "oye" que no se dice en la actualidad. Y decirlo según las cosas «se» dicen. No sería el "cómo" decir, sino lo literalmente dicho o no dicho, los contenidos abiertos o censurados del decir, el objeto de la crítica de Moulian. Más que la lengua de la actualidad lo que critica Moulian, entonces, son los contenidos manifiestamente reprimidos de esa lengua. Hay pues, en el libro, una crítica y una renuncia a la actualidad. Moulian asegura con ello una recepción amplia de su crítica. Sacrifica la posibilidad más originaria de la crítica como «acontecimiento inactual en lo actual», y la regula como un "hecho", un *plus* de la actualidad en la actualidad. Lo cual no se había hecho antes de Moulian, y que dota de necesidad y obligatoriedad a su libro.

Insistamos brevemente en este punto. Si la actualidad es aquello que podemos llamar también "circulación", el libro de Moulian fue escrito, antes que nada para circular o en vistas de la circulación. Cosa que habría logrado de manera espectacular, al punto de confundirse, a ratos, con la circulación misma. Pero fue escrito también, según el mismo dice -aunque lo que dice no tiene casi importancia respecto de

lo que “hace”- para criticar la actualidad, esto es, para interrumpir la circulación. Digámoslo así, se quiso como objeto que circula pero que en su circulación interrumpe, critica la circulación misma. Se quiso en la circulación como algo que no circula e interrumpe el flujo de la actualidad haciéndola visible desde una trasgresión. Pues bien, esta segundo deseo del libro, no se cumple. El libro circula, se integra a la actualidad, pero en vez de interrumpirla haciéndola visible desde una trasgresión, la completa, la clausura, recopilando los “secretos a voces” de la transición.

Caigamos en un momento del libro para ejemplificar la genealogía de Moulian. Caigamos en un subcapítulo del capítulo segundo titulado: *El Consenso*. ¿Cómo se forjó el consenso? ¿Cuál es su historia olvidada?

"El consenso actual es la etapa superior del olvido". Más aún, es "la decisión del olvido absoluto", decisión de "blanquear" la memoria, la historia de la producción del Chile Actual. Porque la condición milagrosa del Chile de hoy, sólo es posible sobre la base del olvido de su génesis. Es necesario, es necesario para la izquierda, es una necesidad que sólo tiene lugar en la izquierda, recordar cómo llegamos a ser lo que somos, resistir la "decisión" de ese olvido en favor de lo reprimido en el recuerdo. Esta, creo, es la política de izquierda que sugiere Moulian frente al consenso, propuesta de una política genealógica y sectorial de la izquierda, y sólo de la izquierda. Más concisamente, la izquierda, si algo quiere decir hoy esa palabra, la izquierda es esa fatalidad –hecha decisión– de no olvidar. Todo lo demás es de derecha, es decir, pertenece a la fatalidad, hecha decisión también, del olvido. Y ¿qué sería, o de qué sería el «centro», aquello que sin ser la decisión de recordar, ni la decisión de olvidar, se pliega sin decisión a la política de blanqueo y represión de la memoria y de lo olvidado en ella?

La izquierda es, pues, el interés de volcar la actualidad hacia su procedencia, de tensar políticamente la memoria. Porque el pasado, para ella, no es lo que ya pasó, un tiempo terminado y sancionado, como quiere el consenso. El pasado es interés en el pasado, ocupación y preocupación en él, porque desde sus fechas se tejen los fantasmas y las expectativas que se nos abren como presente y porvenir. Contra la historia como lo que ya pasó se erige la pasión historiográfica –así la llama Moulian– de exhumar lo inhumado en el olvido. Esa exhumación es, a la vez de una vuelta atrás, una lectura del pasado, una interpretación e intervención en el pasado que altera el presente y sus expectativas. Sin embargo, la vuelta en Moulian tiene los límites que él mismo ha prefijado a esa vuelta o reapropiación del pasado, a saber, una vuelta que lingüísticamente se atiene a la circulación, a la audibilidad de una actualidad en donde esa vuelta habría de verter sus resultados y efectos. De tal modo que el retorno *de Chile Actual* se cuida no herir el tímpano o la condición de la actualidad. Y en este sentido, su crítica pertenece a esa condición.

Moulian recuerda, y uno recuerda con él, que en su origen, el consenso consistió en dejar provisoriamente a un lado las divergencias ideológicas, los intereses políticos, y las deudas sin fin, con la finalidad de forjar una unidad formal, tan vacía como indispensable para la salida de la dictadura. Tuvo así nacimiento general la política distensa e instrumental: la política PPD<sup>2</sup>. El consenso fue, primeramente, efecto de un sacrificio, de una renuncia y una postergación, indispensable aunque provisoria, de la propia diferencia o identidad ideológica. Pero también el consenso fue la conminación momentánea a ese sacrificio, la táctica obligada de aceptar cambios mínimos para la reinauguración democrática. Sin

---

<sup>2</sup> Partido por la Democracia

embargo, poner la identidad o la diferencia aparte no resultó para nada un asunto inofensivo. Bastó que se soltara o traicionara por un momento la identidad ideológica o diferencia política, para que se las llevara definitivamente el temporal del mercado abierto y las pusiera en el juego del intercambio mercantil. Desujetarse de lo ideológico –¿cómo si no, en aquel entonces?– y sujetarse a la pragmática de un intercambio político instrumental, cuyo sujeto es el “valor de cambio”, parece haber constituido el momento final, la muerte definitiva del Estado nacional moderno como monumento de la tensión y el conflicto ideológico. Poner las identidades, las divergencias sobre la mesa, y renunciar a ellas para generar una distensión provisoria, fue transitar de lo ideológico a lo operacional, subordinar definitivamente lo ideológico a lo operacional. Ocurrió allí un cambio de significativo en la política. Del significativo ideológico de la política se transitó al significativo “cambiarío” de ella; de la sujeción ideológica a la sujeción mercantil. De este modo, el retorno de lo ideológico no sería ya como principio de conducción de la acción, sino como retórica subordinada a las operaciones cambiarias, operaciones que resuelven problemas al interior de los flujos, sin preocupación por el sentido del fluir. A partir de entonces, “la política ya no existirá más como lucha de alternativas ni como divergencia sino, dice Moulian, como historia de pequeñas variaciones, ajustes, cambios que no comprometen la dinámica global. El consenso confirma la transición desde una subordinación provisoria de lo ideológico a la pragmática cambiaria, a una subordinación definitiva. A partir del consenso las ideologías y diferencias en tanto circunscritas en la condición del mercado lingüístico son «bienvenidas» a festejar el pluralismo. Porque ya no inciden, ya no son “sujetos” de acción, sino objetos del mercado.

Haber dejado las ideologías, las identidades o divergencias provisoriamente a parte, haber dejado los límites identitarios

momentáneamente a un lado, permitió el advenimiento de lo ilimitado, lo no ideológico y sin identidad como principio de conducción de la política, a saber: el mercado post-estatal. Y quisiera, sobre este punto, para cerrar, abrir una diferencia con Moulian a propósito del «Chile Actual», como un Chile copado por una ideología, como él dice. Un punto de poca audibilidad, probablemente, pero de importancia analítica, y por tanto, política. El asunto pasa por la no tematización directa, de parte de Moulian, del concepto "actualidad". ¿Qué es la actualidad? ¿Qué es lo actual de la actualidad?. No es el interés de Moulian abordar esta cuestión, porque, como venimos sugiriendo, este asunto escapa a las condiciones de representacionalidad auditiva—precisamente por dirigirse al oído mismo y no a lo que a partir de él se puede escuchar y silenciar— y se hunde en el “hermetismo” que en su libro Moulian quisiera evitar. *Chile Actual* desenvuelve su operación en el orden de las representaciones, reprimidas o manifiestas, de la actualidad dejando intocada la condición misma de esa actualidad. Se interesa por los fenómenos de la actualidad, sobre todo los reprimidos, dejando intocada sin tematizar y fuera del campo de su interés, las condiciones de tales fenómenos. Sigamos entonces.

Según Moulian la crisis de la política, en Chile, proviene de la falsa muerte de las ideologías, falsa muerte perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política y encarga de pasada, la subsunción de las ideologías alternativas, a ella. Tal ideología hegemónica, según Moulian, es "el neoliberalismo". La crisis de la política es, en el Chile de hoy, la imposición de la ideología neoliberal.

Decimos al revés de Moulian: la actualidad no es el despliegue o la consumación de una ideología, sino algo mucho peor. Si fuera sólo una ideología, sabríamos qué es aquello a que nos enfrentamos y que tan prepotentemente "nos" enfrenta. La

actualidad más que el despliegue totalitario de una ideología, sería la "verdad" no ideológica de toda ideología. Y la verdad no ideológica de toda ideología es –y aquí el lenguaje pierde oxígeno– que las ideologías no son, nunca fueron, salvo ilusoriamente, el principio de conducción de la acción. Que ellas son, siempre fueron, sin saberlo, instrumentos de despliegue de esta actualidad post-ideológica que recibe nombres tan variados como: capitalismo tardío, capitalismo post-industrial, economía moderna consumada, capitalismo mundial integrado, acontecimiento del nihilismo, etc.

A la actualidad no le sería esencial ninguna ideología, Decimos esto al revés de lo que piensa Fukuyama, y que Moulian comparte, aunque en una posición completamente opuesta. Lo actual ha llegado a ser lo que es mediante dictaduras de distinto signo. Las ideologías, las luchas ideológicas y anti-ideológicas, habrían sido un medio efectivo para el afianzamiento postideológico de la actualidad. Chile Actual, y esto podría predicarse de cualquier lugar en la "globalización", sería una superficie cambiaria que reverbera esencialidades, eticidades, estéticas, sexualidades, *epistemes* de intercambiabilidad usuaria, produciéndolas y disponiéndolas así o asá según el requerimiento eventual. Un significativo cambiario que ora produce, ora pone en crisis la cualidad, la identidad, la moralidad que produce y la que pone en crisis.

Y así lo dice, me parece, el propio Moulian, cuando señala que lo característico del consenso es que funciona sin ideologías, sin divergencias ideológicas, o donde las divergencias se han subordinado a la pragmática cambiaria, y lo ideológico se ha convertido en un medio, no en un fin. De ahí que sea el consumo y el crédito, como dice Moulian, la fuente concreta de sentido del "ciudadano" medio. Y que el pago de cuentas, sea su único espesor de historicidad.

La actualidad adopta, entonces, no la forma de un blindaje ideológico, identitario por lo mismo, y totalitario, ni la forma de un sistema indescomponible, una ley única sellada por irrompibles cadenas sin perforaciones ni rupturas. La actualidad se ofrece como pura brecha, perforación y ruptura, y se caracteriza por la descomposición permanente de sí misma. Es la informidad y discontinuidad de lo "actual", su propensión a la fractura y al aflojamiento, a dejarse afectar e infectar, lo que anestesia cualquier lengua crítica, la vuelve amigable en cuanto asoma en el umbral del supermercado. Es conminatorio, creo, pensar la posibilidad de la crítica en un contexto donde lo criticado, la actualidad, es informe, inverosímil y sin aspecto, aunque en cada caso nos proponga exigencias y cosméticas perentorias y estresantes, y parezca erigirse ideológicamente, en cada caso, en defensa y promoción de valores morales o ideologías conservadoras. Es en el contexto de la informidad y la inverosimilitud del nihilismo cambiario, donde la promoción de estampitas morales y principios de censura no logran contener el esfínter abierto del significativo cambiario. Es en este contexto donde ha de conjugarse la cuestión de la posibilidad de la crítica hoy, posibilidad que necesariamente tiene que adentrarse más allá, o en el límite de lo representacional y del sentido.

---

<sup>1</sup> Texto leído con ocasión del lanzamiento del libro *Chile Actual, Anatomía de un Mito* de Tomás Moulian, Biblioteca Nacional, 1997.